

LA MURALLAS.

AQUEL viejo cinturón de piedra que ceñía la primitiva ciudad de la Habana, dándole el aspecto de una plaza fuerte del tiempo de las Hermandades, ha desaparecido. Lo que de esa fortificación del siglo XVII queda como un recuerdo de la antigua factoría, se debe á nuestros interventores que tuvieron la buena idea de conservar varios trozos dentro de la ciudad nueva, abierta á la luz y al progreso, para que no demos del todo al olvido la vetusta población de nuestros abuelos. Encierran esos rastros del pasado un dejo melancólico desconocido solamente para las almas vulgares. Para quien haya seguido paso á paso el desenvolvimiento de esta querida ciudad, tan bella, tan simpática, tan alegre con los arreos de la moda y los sanos cuidados de la higiene, es un motivo de silenciosas reflexiones ese rudo murallón tras del que parecían esconderse como aves nocturnas los representantes del pasado lleno de sombras, de prejuicios, de preocupaciones y de virtudes también, que ya quisiera poseer este presente lleno de egóismo y vacío de ideales.

Una de esas preocupaciones era creer que los jóvenes no debían merecer la confianza del monarca.

Por eso fué causa de escándalo, (puestos á salvo el respeto y veneración debida á la majestad del Rey Don Felipe IV) el que se apareciera en esta fidelísima isla investido con el alto cargo de capitán general de ella un mozo no bien barbado, ya que no lampiño, el maestre de campo don Francisco Davila Orejón y Gastón, de hidalga y acomodada familia castellana.

Pero ese mozo era ya un veterano sin haber cumplido los treinta. En 1639, casi un chiquillo, había levantado una compañía á su costa, distinguiéndose por su valor en las adversas y sangrientas jornadas de Rocroy y de Lens, término fatal de la decadencia de los Austrias. Sirvió después con igual denuedo en la encarnizada guerra de Extremadura, ascendiendo en 1652 á sargento mayor y cuatro años des-

pués á maestre de campo, siendo gobernador de Morón y de la plaza de Gibraltar, cuyas fortificaciones aumentó considerablemente.

Con tan buena hoja de servicios desembarcó en 1662 en esta isla, con encargo especial de fortificarla, comisión que desempeñó el joven gobernador con verdadero celo, alzando los primeros castillos de Santiago y dando principio al recinto amurallado de la Habana que había de terminar Güemes casi un siglo después, en 1740.

El gobierno de Dávila fué fecundo en obras útiles, aun dentro de la penuria del último período del reinado de Felipe IV. Fundó un hospital de mujeres con arbitrios que discurrió, dictó ordenanzas convenientes para el arreglo de los predios rústicos y levantó el espíritu de los habitantes, apocado por las incursiones piráticas que tantas veces habían asolado la isla. Con Dávila vinieron 300 hombres armados que, aunque poca fuerza, logró inspirar confianza.

Dávila hizo levantar la primera línea, no de murallas sino de reductos que abrigó á la población antes abierta, refugiándose en ella multitud de familias del campo y de otros pueblos donde no tenían defensa alguna.

Empezaron, pues, á levantarse las murallas, con arreglo al plano de Dávila en 1667, continuando la obra durante los años 68, 69 y 70. Como entonces costaban esas construcciones muchísimo menos que hoy, no obstante ser algo mejores, sólo fueron destinados á esa atención 20,000 pesos fuertes remitidos de México. Pero más que esa suma hicieron los vecinos con sus brazos y sus materiales suministrados constantemente. Tanta era la impaciencia del pueblo por verse guardado.

Pero las obras no terminaron hasta 1727, siquiera hasta Güemes en 1740 no se hubieran redondeado definitivamente. Contribuyó á imprimirles actividad

la presencia en 1727 de armadas inglesas por nuestros mares. Se cerraron entonces las caras del mar que miran al norte con un endeble lienzo, bajo el gobierno del brigadier Martínez de la Vega, sustituyendo esa construcción D. Juan Francisco Güemes y Horcasitas, su sucesor, con un sólido cortinaje de baluartes que cerró todo el litoral de la bahía, terminando en la Puerta de la Punta. Las obras hechas

en tiempo de este general son las mejores. Durante el sitio que sufrió la Habana por los ingleses en 1762, todas las fortificaciones sufrieron bastante y el destrozo fué general, pero no cayeron por tierra ni con mucho y ahí están los trozos que se conservan para envidia de modernos malecones. Durante el sitio, repetimos, casi toda la muralla que corría desde la Punta á la Puerta de Monserate quedó resquebrajada y ruinosa, pero fué restaurada en tiempo de Ricla y si no las echa abajo el progreso, verían murallas nuestros tataranietos.

No obstante su extensión, magnitud y las grandes construcciones que encerraba esa fortificación general, su costo, desde Dávila á Güemes no pasó de tres millones de pesos fuertes. Restaurada la Habana en 1763, Ricla y O'Reilly hicieron de la ciudad la primer plaza fuerte de toda América.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3

Que desde entonces se haya adelantado mucho más en medios de destrucción que de construcción, nada quita al mérito de esos viejos murallones á cuya sombra combatieron al extranjero nuestros abuelos, poco dados á rendir plazas con centenares de cañones y cientos de miles de hombres. Veneremos el pasado que es más digno y más puntillioso en asuntos de honra que este presente del automóvil y del aeroplano.

Al recinto abrían las puertas de la Punta, de Colón, de Monserrate, de Tierra Nueva del Arsenal y de la Tenaza, las cuales describiremos por su orden y no por que tengamos delante el modelo, sino las apuntaciones históricas que nos sirven de guía.

La Puerta de la Punta era un vasto arco de sillería abierto en el baluarte. Tenía varios recintos para cuerpo de guardia. La Puerta de Colón abría en la cortina que mediaba entre los baluartes de San Juan de Dios y el Angel. Tenía puente levadizo sobre el foso. Una parte de esa

muralla aparece con su garitón de piedra en uno de nuestros grabados. La Puerta de Monserrate entre los baluartes de Monserrate y de la Pólvara, correspondía al frente de la hoy plazuela de Albear. La Puerta de Tierra ó de la Muralla, en el lugar que aún lleva ese nombre en la Plaza de Egidio y á la que corresponde el grabado que insertamos, en que un árbol ha brotado entre los viejos sillares. La Puerta del Arsenal, entre los baluartes de San Isidro y Belén, de que damos otro grabado; la Puerta de la Tenaza con rastrillo y puente, cerca del baluarte de San Isidro y que fué cerrada con motivo de las competencias de jurisdicción entre la autoridad militar y la de Marina, y por último, la Puerta de Luz, abierta al movimiento marítimo y que desapareció al realizarse la prolongación de los muelles. Se le llamó *de Luz* por el regidor de ese apellido; antepasado de nuestro venerado maestro don José de la Luz y Caballero.

En 3 de Agosto de 1863 se dió principio á la destrucción de las murallas que ahogaban el desarrollo de la población, por el capitán general D. Domingo Dulce. El primer lienzo de bastión que cayó bajó la piqueta demoledora fué el que correspondía á Empedrado y Animas, donde hoy se alzan la casa-palacio del marqués de Pinar del Río, el teatro de *Actualidades*, etc. La primera fábrica que se levantó en esos terrenos fué el teatro *Albisu* en 1868.